

DOS PROCERES HERMOSILLENSES

Hay dos figuras de mi tierra de las que nunca me cansaré de hablar. Una es la de Jesús García, el héroe civil más puro y legítimo que se ha producido en México y seguramente uno de los más excelsos del mundo. La otra corresponde a un maestro músico, inspirado y a veces genial: Rodolfo Campodónico.

Pasan los años y no me explico por qué no se ha levantado el monumento que Jesús García merece: una obra de arte digna de la portentosa hazaña. ¿Será que todavía no nace el escultor capaz de interpretar el sublime sacrificio del Héroe de Nacozari?

Me proponía demostrar que la ciudad de Hermosillo merece llamarse “de Campodónico”, cuando se presenta un aniversario más de la muerte heroica de Jesús García, el maquinista que dio su vida por salvar la de todo su pueblo: Nacozari. Desde que ocurrió la portentosa hazaña, el mineral del noroeste de Sonora se llama, merecidamente, *Nacozari de García*. Hermosillo podría también serlo, por haber sido su cuna. El otro hermosillense ilustre es Rodolfo Campodónico y su mérito estriba en haber dado a la popularidad numerosas composiciones musicales. Un héroe inmenso y un artista célebre, ¿con cuál de esos hombres se quedará Hermosillo?

Jesús García nació en la antigua calle de Rosales, en un lote que actualmente forma parte del Parque Francisco I. Madero. A pocos metros de su monumento hay una placa que señala el sitio exacto en que vino al mundo, dedicada por la Sociedad de Artesanos “Hidalgo”, a la que pertenecía el mártir. La calle se llama, desde hace varios años, Jesús García.

Nacozari era un mineral próspero, con una población de diez a doce mil habitantes. Sus minas de cobre, tan ricas como la Cananea, se explotaban intensamente. El metal se llevaba por ferrocarril hasta la población fronteriza de Douglas, Arizona, y después de

ser tratado en la fundición se enviaba a los mercados del norte. Se decía que Nacozari tenía en sus montañas mineral de cobre para más de cien años. Pero el precio del cobre bajó de pronto a tal grado, que resultaba incosteable seguir las explotaciones de Nacozari. Se retiró la compañía minera. Se dispersaron los trabajadores. En la actualidad aquel pueblito antaño próspero, que tenía un magnífico casino para obreros y una biblioteca bien escogida, está casi totalmente deshabitado. En el centro de su plaza se yergue todavía el monumento al héroe, y en él están los restos del hombre que en los días de bonanza dio su vida para salvar las de aquella población en que moraban su madre, su novia, sus hermanos y todo sus compañeros de labor. Con su sacrificio, Jesús García salvó varios centenares de gentes y realizó un acto de magnitud extraordinaria, que se celebra y admira dondequiera que se conocen los detalles de su inmolación.

Cuando Jesús García se dio cuenta de que dos furgones del ferrocarril estaban a punto de volar en el centro de Nacozari, que habían ya comenzado a arder y se hallaban cargados de dinamita, corrió por su máquina, la enganchó a los carros de la muerte, pidió a sus amigos del riel que se retiraran, dejándolo solo, y salió con el convoy fatal hacia Pilares de Nacozari. Apenas había traspuesto los primeros cerros cuando, a cinco kilómetros del pueblo, se produjo la tremenda explosión. Doce trabajadores de la vía murieron con el héroe; pero se salvó Nacozari, donde se hicieron añicos todos los vidrios de las casas y se sintió una vibración intensa, como si hubiese sido producida por un temblor de tierra.

Así murió el maquinista Jesús García, muchacho nacido en Hermosillo el 13 de diciembre de 1883. Su advenimiento a la inmortalidad ocurrió el 7 de noviembre de 1907. No había cumplido los veinticuatro años y con él se confirmó la verdad del conocido apotegma: “Joven sucumbe el que los dioses aman”.

*
* *

También en Hermosillo nació el famoso maestro músico Rodolfo Campodónico. Vino al mundo en la calle General Yáñez, llamada antiguamente “calle del piojo”. Rodolfo fue hijo de don Juan Campodónico, de origen italiano, nacido en la provincia de Génova. Su mamá era sonorense, de apellido Morales y descendía de una

familia de Oposura, pueblo que ahora se denomina Moctezuma. Don Juan fue músico y tocaba varios instrumentos. A principios de siglo tenía la mejor orquesta de Hermosillo y en ella Rodolfo tocaba el cornetín. Pasados los años, el viejo Juan dejó de tocar y Rodolfo quedó como director del conjunto. Pronto se dio a conocer el joven Campodónico como un inspirado compositor. Su especialidad fueron los vales. Desde el principio resultó notable su producción musical. Compuso más de un millar de melodías, de las cuales como seiscientas fueron vales. Entre las piezas musicales debidas a la inspiración y el talento de Rodolfo Campodónico hay muchas que, como dice el moderno *slogan* de la televisión, “llegaron para quedarse”. Son trozos inolvidables que ganaron fama y popularidad desde que comenzaron a darse a conocer. Dígalos si no *Club Verde*, que se difundió por todos los ámbitos de México y se conoce ventajosamente en el extranjero. ¿Quién puede olvidar el vals *Blanca*, después de escucharlo una vez? Como esas dos joyas hay otras muchas en el acervo musical de Campodónico. Recordemos *Luz*, *María Luisa*, *Constanza*, *Emilia*, *En tu día*, *Elenita*, *Mi güerita*, *Emma*. . . y tantas y tantas más bellas producciones dedicadas a las muchachas de Hermosillo. Evoquemos aquella marcha que se tocó repetidas veces durante la Revolución: *Viva Maytorena* y el *Himno Constitucionalista*, que dedicó al Primer Jefe Carranza en 1913.

Campodónico fue un tipo simpático, decidor, chancista. Sus amigos formaron legión. Era obligatoriamente un invitado a todas las parrandas; pero jamás tomaba una copa. Su único vicio era el café negro. Mientras los demás bebían alcoholes, él se deleitaba con una taza de buen café caliente. En los tiempos de Campodónico, puede afirmarse que él era el tipo más popular en Hermosillo. Sus bromas eran de buen gusto y corrían de boca en boca. Destacó en una época en que Hermosillo era la ciudad de los naranjos, con menos de veinte mil habitantes, berlinas con jamelgos flacos y calles acabadas al “macádam”; polvorientas durante las secas y lodosas después de la lluvia (tenían que recoger el lodo a paletadas y llevarse en las carretas municipales). Rodolfo floreció en Hermosillo, cuando en la pequeña ciudad todos se conocían y había muchos tipos populares, unos con razón para ello, los otros sin saber por qué. Entonces sí que había buenas “coyotas”: las de don Manuel Rosas. El mejor pan era el de Becerril. El merolico más parlanchín se llamaba Polito Ibarra. Las carcajadas más estruendosas salían de Juan Platt. Los chistes más malos se atribuían a Espergencio Mon-

tijo. En los bailes figuraban casi siempre como bastoneros Felipe Seldner o Enrique Rivera, porque sabían dirigir “las cuadrillas”. Don Juanito hacía la mejor nieve de leche. Buen poeta y maestro del epigrama era Facundo Bernal. El *cuico* más “perro” era “el negro”. Un cochero estimable se llamaba Emiliano. La gente se reía del “choro” Valencia. Entre los elegantes sobresalían Jorge Miles e Ignacio Hopkins. Había buen bacanora, de Batuc y Suaqui Grande. En el beisbol se distinguían los *pitchers* “chango Espinosa” y el zurdo Gilroy. Un Hermosillo en que el sitio de reunión más visitado era la estación del ferrocarril, donde antes de la llegada de los trenes podían encontrarse a las damitas más bellas de la ciudad, saberse todas las noticias del momento y conocerse los últimos chascarillos, que muchas veces nos hacían reír del vecino o del amigo ausente. Confesamos que Hermosillo era entonces una “tierra pequeña y murmuradora”.

*
* *

De pronto Hermosillo se ha convertido en una gran ciudad. El descubrimiento del manto acuífero de su costa ha atraído a la capital de Sonora una gran afluencia de agricultores y negociantes. Una región antes semidesértica es ahora un emporio agrícola. El trigo y el algodón se producen por cientos de miles de toneladas anuales. Se han multiplicado los “despepites” y los molinos harineros. La ciudad tiene una base de riqueza estable. En el censo de 1960 pasó de los noventa mil habitantes. Ahora ha de andar por los cien mil. Nos regocija que la ciudad de nuestra infancia sea actualmente un centro agrícola y de negocios prósperos así como un foco de cultura con una universidad de primer orden.

Progresista y modernizada, Hermosillo no debe olvidar nunca a sus dos gloriosos hijos: Jesús García y Rodolfo Campodónico. ¡Un héroe y un artista!